

1

Von Ribbentrop viajaba a Moscú para firmar el pacto de no agresión germano-soviético y el profesor Burckhardt, delegado de Danzig ante la Liga de las Naciones, abandonaba su oficina después de la anexión. Las tropas se ponían en movimiento. Empezaba la Gran Guerra de Emancipación. Ludwig Laggar había nacido el 30 de agosto de 1939, dos días antes de que Alemania invadiera Polonia. Así era el mundo que lo había recibido. Ahora, tanto tiempo después, la Argentina iba a festejar su segundo centenario. Y él se podía retirar satisfecho. Un sello en un papel, una despedida breve y adiós. No estaba mal para cuarenta y dos años de trabajo. Dormir hasta tarde, sin presiones. Tomar el desayuno en el jardín. Darles de comer a los perros en pantuflas. Pero había surgido un problema. Algo complicado. *La vejez es lo complicado*, pensó Laggar.

Su mujer lo esperaba para cenar. Su familia no. Dos hijos varones en la frontera norte, lidiando con la guerrilla paraguaya. Y dos hijas más en el Cuerpo de Médicos Militares. De sus tres nietos, todos en edad escolar, el más grande ya había entrado en las Juventudes Hitlerianas de América. Tenía sus retratos arriba del escritorio, entre las fotos de su último viaje a Europa.

Hacía años que Laggar no iba a Berlín. Se consoló pensando que así era mejor. La última vez, el laberinto que ofrecía la capital del Reich le había resultado frío y desagradablemente hacinado. Aparte le disgustaba viajar escondido, hacerse pasar por alguien que no sabe, que no entiende, un comerciante, un turista. De civil, lidiar con los aduaneros se volvía un suplicio exagerado. En ninguno de sus viajes había logrado escapar de esa mezcla ajena de ansiedad y pantomima. La última vez lo habían demorado casi tres horas. Mejor no viajar. Mejor quedarse. Estaba orgulloso de su familia. De su casa y del parque que la rodeaba. Era un buen parque. Pero ahora tres cuerpos mutilados empezaban a dar vueltas como si alguien los hubiera clavado en el piso de un carrusel vacío.

Dos es coincidencia, tres es una serie. La famosa mentalidad alemana, pensó Laggar. Exactitud y precisión. Eficiencia y disciplina. ¿Se podía vivir de otra manera? Pero esa no era la pregunta. ¿Por qué le habían caído a él esos tres cuerpos? Ahora miraba otras fotos, las fotos clasificadas dispersas arriba del escritorio. Imágenes en blanco y negro, sacadas por los apurados fotógrafos policiales y copiadas en papel de baja calidad. Pese a todo, seguían siendo imágenes de cuerpos, la sangre brillante, los restos fríos de la muerte.

Casi nadie sabía de la existencia del SIAR, sección A, apenas una oficina de inteligencia más en el caótico entramado del espionaje imperial. «Servicio de Inteligencia Alemán en Argentina», leyó Laggar en la pantalla que se abrió cuando encendió la computadora. Hacía exactamente una semana había tenido una teleconferencia de prioridad naranja con el arrogante Viceministro de Asuntos Exteriores del Reich. Le había hecho llegar desde München un mensaje encriptado con

el membrete de Urgencia: «Ni siquiera la administración colonial está al tanto de esto. ¿Entiende? Si llega a oídos de la burocracia o de algún opositor, los viajes por los festejos van a empezar a ser puestos en duda».

Y todos eran opositores de todos en el entramado burocrático imperial.

Laggar sabía que la seguridad del Bicentenario tenía que ser perfecta. Volvió a leer el mensaje. Si había errores, tanto las autoridades locales como los hombres de Berlín iban a encontrar a quién cargarle la culpa. Accidentes menores ya habían destapado grandes escándalos administrativos. De repente todo se volvía claro. Antes de que llegara el primer contingente, la seguridad debía ser garantizada. Y que nadie ni siquiera escuchara que habían masacrado oficiales del Ejército. Una filtración y todo se perdía. ¿Qué era lo que se perdía? ¿Cómo evitar esa filtración? Se sorprendió pensando en su jardín de invierno. Ahora necesitaba concentrarse. Estaba cansado. Durante su vida, el poder y el control lo habían obsesionado. Costaba vivir así, pero el resultado era positivo. ¿Por qué no estar orgulloso de los logros del Imperio Alemán? No había nada malo en ese orgullo. Él, desde las turbias bambalinas de la historia, había ayudado a formarlo y, después, a sostenerlo. Pero ahora estaba cansado. Se acomodó en su sillón de cuero y se reclinó. Pensó en Atenas, en Barcelona y en Cali. Le hubiera gustado visitar una vez más las playas de Grecia. Llegó a la conclusión de que necesitaba un hombre eficiente y ejecutivo. La devaluada lacra adoctrinada del Partido no le servía. Esos lameculos dispuestos a dar la vida por cualquier idiota con rango eran lo peor. Al mismo tiempo, la discreción resultaba una virtud que no se podía negociar. Si los hombres del Partido eran una mala idea, menos podía ser útil un

elemento de la policía. La Kriminalpolizei local quedaba fuera de discusión desde el vamos. Estaba infiltrada con espías externos, espías internos, agentes dobles, agentes triples, informantes y topes que se reportaban todo el tiempo a Berlín. Le sobraba poder para encargar la operación desde ahí, pero era como si estuviera mandando las órdenes por correo certificado a Europa.

Una célula autónoma. Un agente que se desprendiera, que trabajara solo. Eso necesitaba. «Un hombre que piense. Alguien de afuera, que pueda tomar decisiones y, al mismo tiempo, ser prescindible».

Bien, esto ya era un avance.

Laggar se recostó en el sillón.

Habían sido tres muertes sangrientas.

En una mano, las muertes. En la otra, los festejos del Bicentenario. Todo el mundo occidental y buena parte del oriental tenían que ver en sus pantallas cómo esa colonia se había transformado en parte imprescindible del Imperio. Mientras tanto, en la Argentina propiamente dicha, el Bicentenario sacaba a los ciudadanos del Reich a la calle. En Buenos Aires, en Rosario, en Córdoba, en Porto Alegre y en La Paz, en cada ciudad del inmenso suelo patrio, los argentinos saldrían a festejar sus doscientos años de historia. «Hombres y mujeres del Gran Imperio Alemán, Argentinos, Patriotas, tomen las calles para saludar su Historia», decían los afiches que se repetían en las escuelas, en los edificios públicos y en las universidades. Todas las oficinas de correos, las paradas del ACA y las cabeceras de la *Autobhan* publicitaban un desfile de eso que se titulaba «El Bicentenario de la Revolución de Mayo 1810-2010». Había cientos de encuestas, concursos artísticos y científicos, charlas y conferencias. Los historiadores y los

filósofos cantaban la gesta nacional: todo era igual, todos decían lo mismo. «Nuestra apuesta es que el Bicentenario permita reforzar la continuidad de una cultura nacionalsocialista argentina como parte del Gran Imperio Alemán». Y también: «El surgimiento del Partido y el mayo de 1810 fueron revoluciones. Revoluciones materiales y espirituales donde la técnica, la disciplina y la voluntad de ser mejores y más auténticos se fundió en un mismo espíritu de superación».

El discurso sonaba homogéneo, rancio, demasiado transitado. Pero nada era demasiado transitado para el Reich. Su capacidad para repetirse y ser siempre el mismo era infinita. El Bicentenario, entonces, con toda su pompa, su cáscara y su viruta, ¿llegaba para arruinarlo a él? ¿Más muertes? ¿Escándalo? ¿Acusaciones secretas o públicas de ineficiencia? Laggar se concentraba. Ya había pasado por cosas parecidas. No había novedad en esto y él no temía una destitución. Pero jubilarse en el Reich era duro. Uno sentía los ojos de la juventud siempre en la nuca. Necesitaba irse con autoridad. No como un viejo vencido, incapaz de resolver su último problema. Recordó sus primeros encargos. Los cadetes examinaban a los burócratas con desprecio. Pero era diferente si tenían rango o podían contar una anécdota de la Gran Guerra que el Reich había ganado bajo la conducción del último Gran Führer. Llevar una Cruz de Hierro en el pecho garantizaba respeto. Alemania no podía vivir de la nostalgia. Tenía que vivir de su presente y, en todo caso, de sus tradiciones. Los únicos viejos respetables eran los que habían peleado. Sí, los héroes de guerra tenían vejez digna aunque les faltaran las dos piernas y un brazo. Una vez un veterano en silla de ruedas le había dicho a Laggar que los culpables de su alcoholismo eran los patriotas. Apenas

entraba en un bar, todos querían invitarle una cerveza. *La guerra lo dejó tullido pero fueron los alemanes los que le destruyeron el hígado*, pensó Laggar. Veteranos de la Guerra de Liberación Alemana. Un grupo de borrachos. Y a veces, sin embargo, los envidiaba. Le gustaba el ánimo de sus asociaciones. En Buenos Aires ya existía una que se llamaba Veteranos de la Frontera Norte. ¿Sus hijos también formarían parte de esas reuniones, maltrechos, sin dedos, tuertos o dañados de otras mil formas, cobrando un sueldo por haber sido mutilados en la selva?

Laggar suspiró.

Se miró las manos.

Él estaba entero y, salvo su breve período de instrucción, siempre había trabajado en la parte de atrás, con la mugre. Eso tenía sus ventajas y sus desventajas. Entonces recordó, una vez más, el día que el Führer lo recibió en su despacho. El Führer. Custodiado pero solo, rodeado del Imperio, su Imperio, viejo y consumido por el poder. Todavía escuchaba con claridad el timbre de su voz: «Laggar, el trabajo que usted hace en Sudamérica es de vital importancia para nuestro pueblo». Y había firmado el Código Azul. Libertad de acción. ¿A cuántos les había dicho lo mismo? ¿Quién era ese hombre de ojos de vidrio y bigotes canosos? ¿Era, en realidad, el Führer? Los dobles existían, por supuesto. Y siempre se hablaba, en la intimidad, nunca en público, de su muerte. Se decía que su edad no era su edad, que había sido criogenizado, que su cabeza estaba guardada en una heladera del gran búnker de Nüremberg. Se decía que sus médicos de confianza, los médicos que lo mantenían con vida, lo habían terminado matando y que ahora gobernaba la camarilla de Bormann o Göring. Y se decía que tampoco ellos eran

ellos, sino que eran otros. Clones. Humanoides. Extraterrestres. Fantasías. Pero ahora todo eso, toda la paranoia, todo el miedo y la política alemana que había cambiado el mundo importaban poco o no importaban. El Reich se sostenía en su entramado de burocracia y espionaje doméstico. Eso era un hecho. ¿Entonces? Había que ser práctico. Laggar se sentía bien escondido. Solamente en los bordes, donde mordía la guerrilla brasileña o birmana, se apreciaba que la historia era una entidad móvil. Lo demás existía en paz.

Se volvió a acomodar en su sillón y miró los vidrios.

La única forma de salir era cerrando la puerta con un golpe de autoridad. Dentro de seis meses no hubiera sido su problema. Ahora sí. Se incorporó, volvió a viajar en el tiempo y pensó en el clima de su juventud. Cuando tenía veinte años diciembre era un mes caluroso, no un mes de lluvias permanentes. El uniforme le picaba en el cuello la primera vez que desfiló por la avenida 9 de Julio. El acero de los tanques brillaba. Le gustaba remontarse a su juventud como soldado. Todo parecía mucho más simple. ¿Las chimeneas de las industrias europeas habían cambiado el clima del Río de la Plata? Bueno, peor del otro lado de los Andes. Hacía menos de cinco años que las pruebas nucleares en el Pacífico Sur se habían transformado en un secreto ultraconfidencial. Información en clave Rojo Uno. Las quejas de los diplomáticos japoneses eran constantes, pero, como de costumbre, Berlín salió del problema con amenazas veladas.

Nadie estaba sobre Berlín. Berlín estaba sobre todo. Alemania dominaba el mundo. Después de un gran avance, Europa y Sudamérica eran definitivamente nacionalsocialistas. O por lo menos, una buena parte. Y en Sudamérica, la Argentina había recuperado su territorio

virreinal. El viejo territorio olvidado y un poco más. Apenas unos miles de kilómetros más. La salida al Pacífico, por ejemplo. Pero también el sur del Brasil. *Gracias a Dios*, pensó Laggar. Más al norte se sabía que los brasileños, aliados con los mexicanos y los yanquis, habían resistido y ahora mantenían una tregua frágil, renovada porque todavía disponían de materia prima para negociar. Ahí la diplomacia era muy parecida a la cirugía. Más al sur, sin embargo, la frontera resultaba una línea sin equilibrio, con permanentes escaramuzas. Guerra de guerrillas, mosquitos, diarreas y enfermedades venéreas. Cada tanto había encontronazos y muertos. La selva se comía todo el tiempo unidades de reconocimiento. Se disparaba una bala, se plantaba una mina, y un soldado aparecía sin las piernas en la tapa del diario. Chile tenía su propia comandancia. Pequeña y sin poder de decisión. En el Caribe mandaban los japoneses. Pero su seguridad no era tan buena como la seguridad alemana. ¿Y quién quería el Caribe, lleno de fruta podrida y cuerpos descomponiéndose en las esquinas, ultimados a golpes de machete por facciones que cambiaban de nombre todas las semanas? En Colombia grupos guerrilleros que vivían en los árboles como monos se adjudicaban los atentados. Por el contrario, la Argentina era dichosa. Fronteras adentro se volvía un lugar estable. Y Laggar sabía que esa estabilidad había costado. Su responsabilidad consistía en mantenerla y vigilarla. *El buen titiritero*, pensó. Y no se había enriquecido tanto. Aunque, por supuesto, gozaba de todas las prestaciones del poder.

Miró el calendario que su secretaria había dejado en el escritorio. 7 de diciembre de 2009. A las ocho y media de la noche, hora local, tenía que encontrarse con su mujer. Juntos iban a asistir a una cena especial

con funcionarios de la Oficina de Comercio del Reich, gente simple y discreta pero que exigía puntualidad. Afuera, los edificios de la ciudad se perdían en la neblina.

Buenos Aires, pensó Laggar. Una ciudad controlada, hermosa a su manera. Cero tolerancia, cero delito, cero problemas y, de repente, cuerpos desmembrados de oficiales del Ejército.

—¿Señorita Clausvert?

—Dígame, señor Laggar.

La voz de la señorita Clausvert sonaba aguda en el intercomunicador.

—Comuníqueme con *Herr Austich*, por favor.

—Enseguida, señor Laggar.

¿Qué hubiera sido de esta ciudad sin los alemanes?

Un poblacho húmedo y peligroso, pensó Laggar. Era difícil ser viejo en el Reich. Pero mucho peor era ser viejo y no tener poder.

Arriba del escritorio se desparramaba una serie de publicaciones machaconas sobre los mismos asuntos de siempre. *Die grosseland*, la patria grande, la Germania Transoceánica que una vez más se teñía de fiesta para dar paso a los cánticos y las glorias, esta vez, del Bicentenario. Se detuvo en una ilustración. La mano derecha del Führer en alto, la palma hacia abajo y los límites geográficos de la Argentina cruzados por las franjas celestes y blancas con la esvástica en el centro.

Nuestros artistas gráficos, siempre mejores que nuestros escritores, pensó Laggar, y separó el *Völkischer Beobachter* de las otras publicaciones. Leyó los titulares sin retener nada y después levantó el *Río de la Plata Zeitung*. Se sentía ligeramente aliviado y se permitió el vicio de mirar las cartas de lectores. Como siempre, había una consigna: «¿Qué significa para usted,

ciudadano del Imperio Alemán, el Bicentenario de la Argentina?». Laggar leyó algunas respuestas. La primera la firmaba un empleado público de cuarenta y cinco años.

«El Bicentenario de la patria no será una fecha más para todos los que habitamos en ella, nativos o extranjeros, nacidos antes o después de la integración al Imperio. Se va a vivir con la misma intensidad por todos, esta patria que cobijó, dio oportunidades y fue generosa con las personas de buena voluntad que quisieron habitarla. ¡Viva nuestra Patria Nacional y Socialista! ¡Viva el Gran Reich Alemán y todos sus habitantes!».

La segunda carta la había escrito una mujer. No se detallaba profesión ni ocupación, pero se aclaraba que la lectora tenía cuatro hijos en el Ejército y Cruz del Reich a la Maternidad. Laggar dedujo que era un ama de casa aburrida.

«Quiero a mi bandera ondeando en el aire junto a la bandera del Partido. Se me hace un nudo en la garganta cuando escucho nuestro Himno Nacional. Amo a mi país y a sus símbolos patrios. Sufro por las necesidades de nuestro pueblo y por nuestros soldados que todavía combaten en nuestras fronteras. Que este festejo nos haga volver la vista al momento histórico en que nuestros próceres soñaron con una república de iguales, grande y soberana. Larga vida al Imperio».

¿Y qué significaba para él la patria? Laggar se sintió incómodo. Estaba en su despacho, como todos los días, y tenía que resolver un problema. ¿Era un problema grave? Ya había enfrentado problemas graves antes. ¿Entonces? La situación era excepcional porque

había deseado retirarse sin sobresaltos. Y, sin embargo, la incomodidad no estaba relacionada con lo que podía decidir su ruina o su supervivencia. ¿Qué significaba para Ludwig Laggar la patria? Nunca se había hecho esa pregunta en serio. Alguien siempre la había respondido por él.